

La joya de Alicante

Si aún fuera pequeña, su tía le habría preparado un bocadillo con aceite y chocolate para merendar pero, como ya era una mujer, la invitó a una copa de Fondillón, el vino que tomaban los adultos después de comer cuando ella todavía jugaba con muñecos.

Algunas cosas no habían cambiado en el piso de Alicante donde Claudia había pasado los veranos llenos de luz de la infancia con sus primos. El gran cuadro que presidía el comedor todavía estaba colgado: los caballeros ingleses del lienzo, vestidos con casacas rojas, disfrutaban de la cálida e incombustible chimenea y bebían de unas copas de cristal tallado acompañados por un par de Pointers que dormían plácidamente a sus pies.

—¿Y cómo te va la vida en Múnich? —dijo su madrina. Llevaba una bandeja con una botella de cristal oscuro, dos copas de licor y unas porciones de turrón de Jijona.

—En Navidad hace mucho frío.

Olisqueó el vino y después bebió un sorbo espirituoso del monastrell sobremadurado aligerando el peso de la distancia. Después de diez años, Claudia se sentía avergonzada por haber dejado pasar tanto tiempo sin ver a la familia de su madre.

Otro trago del líquido ámbar inundó su boca ahuyentando la timidez y transportándola a los campos de almendros, carrascas y matojos abrasados por el sol y amenizados por el chirrido de los grillos, en Torremanzanas.

—Estoy muy contenta de veros.

Y entonces la conversación fluyó entre palabras de alegría y recuerdos volátiles que desprendían los atardeceres impregnados de salitre, y los gloriosos mordiscos a la coca de harina a la orilla del mar acariciado por un sol exhausto después de tanta fiesta.

La tía alzó la copa para brindar.

«Estás en tu casa.»